

LA FANTASTICA HISTORIA DE ALMANZOR

Mariano Lebrón Saviñón.



El estudiante a emperador de emperadores. Crueldades inauditas. Generosidad y ternura. De cómo llegó a ser uno de los hombres más poderosos del mundo. Su carrera victoriosa. Su muerte.

SUEÑOS DE GLORIA.

Era el mediodía y en el límpio azul del cielo esplendía un sol de maravillas. La brisa leda acariciaba los cármenes floridos de Córdoba la bella, mientras la palma señera agitaba sus penachos con coquetería de reina.

Cinco estudiantes, bajo el rescoldo de una toldería almorzaban a la usanza musulmana. Mientras escanciaban perfumada potación, cuatro de ellos mostraban clangorosa alegría. Sólo uno estaba sombrío y silencioso, recorrida su frente por tres tercas arrugas. Diríase que tras su frente, amplia por demás, pensamientos huraños golpeaban los más profundos surcos del gris de su cerebro.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué no ríes? — le preguntó uno con dejo de sorna.

El joven dejó su ensimismamiento para exclamar:

—No lo dudéis; yo seré un día el dueño de este país.

Una sonora carcajada acogió la frase del joven.

El emirato de Córdoba era a la sazón, bajo el califa

Alhaquen, uno de los países más poderosos y cultos del mundo medioeval.

Una ligera soflama tiñó la faz del arrogante joven. Mas anteponiéndose a su indignación dijo con aparente calma:

—Decidme cada quién el cargo que desee cuando yo reine, que con placer se lo otorgaré.

Creció la marejada burlesca, y uno dijo, a manera de fisga:

—Son tan deliciosos estos buñuelos y de tal forma deleitan mi paladar, que deseo, cuando tú seas rey, me nombres inspector de mercados, y así estaré entre tantos manjares paladeándolos a mi sabor.

Y al decir esto llevóse un dátíl confitado a la boca, mientras bullía en el ánfora el agua espumante.

—Yo— dijo otro, siguiendo el humor— no encuentro nada igual a estos higos de extraño dulzor, que provienen de Málaga, mi tierra. Nómbrame cadí de esa provincia.

—A mí — dijo el tercero, soslayando una sonrisa— nómbrame prefecto de esta ciudad, pues nada me deleita tanto como la vista de estos jardines.

El cuarto callaba con visible indignación.

—¿Y tú? — le preguntó el presunto rey — ¿no quieres nada?

El aludido se puso en pie, hirviendo en cólera, y con voz firme y soberbio ademán, le dijo, al tiempo de mesarse la barba:

—Cuando gobiernes en España, fanfarrón y petulante, miserable y ruin, haz que me aten y me froten todo el cuerpo con miel, para que las abejas y las moscas me laman, y después me montan en un asno con el frente hacia el hopo y me pasean por las calles de Córdoba.

El estudiante se puso de pie, sonrió con orgullo, y aunque estaba sereno, un destello poderoso irradió de su mirada, como si quisiera fulminar a quien con tal empaque le habló. Mas se contuvo y exclamó con voz serena:

—Está bien; no olvidéis este momento. Cada uno tendrá lo que me ha pedido.

Así comienza la fantástica historia de Almanzor.

INQUIETANTES PENSAMIENTOS

El joven que de tal manera había sido burlado se llamaba Abud-Amir Mohamed. La historia lo conocerá con el célebre nombre de Almanzor.

La conversación con los cuatro amigos bajo la sombra de doseles de damasco lo había dejado pensativo.

Había jurado, desde el fondo de su corazón, si alguna vez llegaba a reinar, cumplir la palabra dada en un momento de aparente broma. Mas le fatigaba el saber que sus sueños eran objeto de burlas.

Serio y torturado por estos inquietantes pensamientos vagó toda la tarde con los labios sellados por un silencio de tumba.

Mas en el fondo de su alma ardían los deseos.

Se refugió en la casa de un pariente, por vía materna, del cual era huésped, y en el cuartito que se le destinaba ocupó un diván y reclinó la cabeza sobre el pecho.

Así estuvo largas horas.

Y a la mañana siguiente, en vista de que no bajaba a desayunar, el pariente subió a despertarlo, creyendo que dormía, y lo encontró en la misma posición de la noche anterior. Al ver el lecho intacto preguntó:

— ¿No has dormido?

— No.

— ¿Y que te ha impedido dormir?

— Mi pensamiento.

— ¿En qué pensabas?

— Pensaba en quién podrá ser el hombre a quien nombre cadí, cuando yo gobierne, dando por seguro que para entonces el actual habrá muerto. Entre todos los hombres de España sólo encuentro uno digno de esa posición.

El huésped de Abud-Amir Mohamed no se burló, aun cuando apreciaba la actual miseria de su pariente. Así que le preguntó:

— ¿Piensas en Mohomed —ben — as — Salin?

— Sí ¡Loado sea Alah! El mismo.

— ¿Ves? Pensamos igual.

La pertinacia de su pensamiento impresionó a su pariente. El joven era un soñador, pero no un loco.

Desde niño Abud — Amir se había distinguido por su arrogancia puesta al servicio de una admirable personalidad.

Cierta vez en que su padre se aquejaba de que una espada que le habían regalado era muy corta, le increpó:

— Si en el campo de batalla te parece corta, acércate más a tu enemigo y te parecerá larga.

Su actuación ulterior no desmintió la táctica que en su más tierna infancia aconsejara a su padre.

COMIENZOS INCIERTOS

¿Qué fue, pasado el tiempo, de aquel Abu-Amir Mohamed, que en una tertulia amigable pronosticara que sería el hombre más poderoso de toda la España musulmana?

Medraba en el afán por subsistir y mantenía fresca y lozana su ambición.

Oscuro y casi olvidado, luchaba por imponerse, levantando su cabeza por sobre el ondaje del anonimato.

En un bufete abierto cerca del palacio se dedicaba a la ímproba tarea de escribir cartas para los que querían solicitar algo del califa, por unas cuantas monedas, írrito pago a su labor.

Pero súbitamente obtiene un empleo como ayudante del tribunal, del cual era jefe nada menos que Mahomed-ben-as-Salin, por quien tenía tanta admiración y a quien se había prometido hacer cadí, cuando gobernara.

No se entendieron en este primer encuentro. Salin era un sabio, probo y justo, pero frío y calculador. No abría fácilmente su alma a las emociones. Era indúctil, inflexible; no podía congeniar con el carácter altanero y un tanto romántico del joven, a quien encontraba, además, petulante, y distraído, a veces, de sus obligaciones.

Chocaron, y tal como al rozar violento de pedernales, brotó la chispa, y as-Salin pidió su destitución.

Era su ruina.

Pero el destino quiso que el visir Mosafi, al recibir la queja,

encontrara al joven apto para un cargo muy delicado, y lo recomendó.

Desde hacía tiempo el califa Alhaquen II buscaba un intendente que administrara los bienes de su primogénito Abderramán, de cinco años de edad.

La aprobación dependía de la sultana Aurora, quien ejercía notable influjo sobre su regio esposo.

De todos los candidatos fue Mahomed quien la impresionó con su gallarda presencia, y el 23 de febrero de 967 fue nombrado para tan alto cargo. Tenía entonces veintiséis años de edad.

Este fue el comienzo de su carrera meteórica.

Con sumo arte supo ganarse la simpatía de la soberana, siendo prontamente nombrado Administrador de sus bienes, y a los siete meses de su entrada en la corte, era Inspector de la Moneda, cargo codiciable, porque le permitía manejar grandes sumas del Tesoro Nacional.

Zahorí en finanzas, aun cuando no era su fuerte, empezó a hacer grandes especulaciones; tornóse dadivoso, socorriendo en sus necesidades a los personajes influyentes, a los que ganaba para su causa. No escatimaba oportunidad de medrar en los favores de la sultana, a la cual colmaba de ricos presentes, siendo el que le granjeó la más alta admiración, un gran alcázar de plata, obra de espléndida orfebrería, que trasladó a palacio a hombros de esclavos, ante la admiración de todos.

La sultana Aurora le aumentó sus favores.

Las otras damas del harem recibían regalos valiosos, que le agradecían tan de corazón, que le hicieron exclamar al califa:

— No sé cuál es el encanto de este joven para reinar en el corazón de las mujeres de mi serrallo. Nada de lo que yo les dé lo aceptan con la misma alegría que cuando procede de él. Empiezo a inquietarme de que el dinero público esté en sus manos.

Los cortesanos sonrieron. Los enemigos aprestaron sus armas. Abud-Amir-Mahomed corría un gran peligro.

LA LUCHA POR EL PODER

Sus enemigos, desde forzoso rezague, se decían: “Pues que Mohamed es pobre, pero tiene a su disposición todas las riquezas del reino, y pues prodiga el dinero como un manirroto, forzoso es admitir que en las finanzas del reino hay un gran déficit irreparable”.

Un día llovió la denuncia y el mandamiento perentorio de que debía presentar sus cuentas llegó a sus manos.

¿Qué hacer?

Mohamed estaba perdido. Todos esperaban ver el derrumbe del naciente coloso. Ya se mencionaban posibles sustitutos.

Mas he aquí que Mohamed aparece sereno y sin la más leve arruga de temor rindió sus cuentas, cabales y exactas.

Todos quedaron sorprendidos. Los rivales menos encubiertos huyeron en desbandada. Este hombre era un mago.

El milagro lo había hecho Ben-Hodair, a la sazón Visir. Enterado del peligro que corría el ambicioso joven, se informó del monto de su déficit, y sin pensarlo mucho le facilitó la cantidad enajenaba. Fue un triunfo rotundo para el ambicioso joven, que a los once meses de este hecho era cadí de Sevilla y de Niebla.

Ya a los treinta años era Intendente de los bienes de Hixen (heredero del trono a causa de la muerte de Abderramán), comandante del segundo regimiento de *xorta* y jefe de la policía de Córdoba.

Era rico, poderoso, principesco. Pasaba con un fasto semejante al de los más encumbrados señores del Oriente, y vivía en un regio palacio que se había hecho construir y donde las puertas permanecían abiertas para amigos y necesitados.

Gentil y hermoso, cortés, dadivoso. Las mujeres le amaban y desvelando sus facies, lanzaban a su paso la maravilla de sus ojos apasionados; los hombres lo adulaban y seguían como un príncipe legendario. Los enemigos le arrastraban los hinojos.

Estaba en una cumbre de poder, pero no era todo. ¿Qué más pedía su ambición? Ser el dueño de España, como le jurara

a unos amigos una tarde estival de Andalucía; gobernar con ílmito poder.

Ahora miraba con soberano desdén a los que pretendían posponerlo. Cada día hundía más sus raíces en la afortunada gleba de una potísima ambición.

Mas, he aquí que Alhaquen, a quien fatigaba el temor de que sus súbditos no aceptaran a Hixen como heredero de su trono, expiró en brazos de Fayic y Chaudar, sus dos eunucos queridos. Ellos, hombres poderosos a pesar de su eunuquismo, trataron de guardar el secreto de esta muerte, y conspiraron.

Una vez más se tambaleaba el poder de Mohamed.

Tanto Fayic como Chaudar contaban con multitudes de áulicos, matones de confiable fidelidad, y no deseaban que Hixen reinara, pues presumían que su gobierno empeligraba el poder que detentaban bajo la regencia de Mosafi, quien reinaría de hecho.

Desaparecido Hixen, reinaría un tío suyo, Mogina, de veintiún años de edad, quien al no necesitar de regente, prescindiría de Mosafi, y bajo la tutela de ellos, eliminarían el peligroso rival que era Mohamed.

Prontamente los dos emasculados prepararon en la sombra su plan. El más resuelto de los dos era Chauder, quien expuso:

— Hermano, es necesario que con cualquier pretexto hagamos venir a Mosafi. Una vez solos, le cortaremos la cabeza y tendremos abiertos los caminos...

— ¡Por Alah!, hermano mío, —repuso Rayic estremeciéndose— ¿te atreverías? ¿Matarías al secretario de nuestro amo y señor? ¿No crees que podemos realizar nuestros planes sin derramar sangre?

— De ninguna manera —respondió Chaudar—; en estas lides vencen los osados; los demás fracasan. Y el que fracasa muere.

— Me opongo a ese plan —repuso tajantemente el otro eunuco.

Y su voluntad predominó, por lo pronto. Pero el alma acomplexada de los mutilados sexuales se henchía de odios y temores.

Mohamed se mantenía en discreto rezague, mas, con ojo avizor de neblí, que espera cetrería mejor.

Los eunucos trataron de ganar a Mosafi para su causa y éste, tras hacerles creer que estaba con ellos, aprestó sus armas, reuniendo a todos aquellos a quienes perjudicaría el reinado de Mogira, cuya muerte fue decretada allí mismo.

El príncipe fue estrangulado y colgado en su habitación para crear la impresión de que se había ahorcado.

Los enemigos ardieron en cólega desesperada cuando se enteraron de la muerte del príncipe desventurado y se supieron engañados por Mosafi.

El crimen había sido perpetrado por un civil de nombre Ben-abi-Amir, por orden del propio Mohamed, cosa que le ganó el favor de Mosafi, a cuyo lado siguió ascendiendo.

Nunca fue mayor su privanza. Era todopoderoso por mor de la soberana, de quien se decía que era amante, y como entre ambos se habían apoderado de la voluntad del califa, a quien alejaban cada vez más de las cosas del reino, de hecho era el emir de Córdoba.

No vaciló en traicionar y matar.

Ostentó un poder impar, refrenando, por las calles nocturnas del emirato, el crimen, el robo, el pillaje, de manera tal, que al fin la gente honrada pudo dormir tranquila en la seguridad de que había un poder real que velaba por ella.

En su ascensión fue desplazando poco a poco a Mosafi, a quien combatía con inteligencia, desbaratándole sus planes, hasta hacerlo desaparecer definitivamente de la vida pública. Hundió cada vez más sus raíces en la tierra del poder, librándose de sus enemigos, abortando conspiraciones, hasta deshacerse de Fayic y Chaudar, los audaces eunucos que nunca dejaron de maquinarse a la sombra, el último de los cuales fue crucificado.

Libró guerras victoriosas (más de cincuenta y dos campañas en las cuales siempre salía vencedor), y cuando ya se sabía único amo de todo señorío, adoptó un nombre que nadie había intentado llevar antes de él: el de Almanzor, que quiere decir: victorioso con la gracia de Dios.

LA ESTRELLA DE ALMANZOR

En este momento la estrella de Almanzor brillaba con su mejor luz. El rey no tenía más voluntad que la suya; oculto en su harem, apenas si lo conocía su pueblo, al que nunca se presentaba. La sultana madre Aurora, le dejaba esplendor en hermosura viril y en poderío, por la sola recompensa de su amor, gustado en el recato de la sombra en los mancillados damascos de su lecho.

Allí, rigiendo en su trono estaba Almanzor: gallardo, hermoso, prepotente, único, dominador. Imponente entre las sederías de sus recamadas vestiduras, rompía el esplendor de la corte con las luminosidades de sus joyas; diríase inmovible.

El sabía que todo su ser irradiaba por las cinco puntas eternas de la estrella un destino glorioso y pugnó por sentirse más grande cada vez.

Exigió de los cortesanos que se le tributaran honores dignos sólo de la más alta realeza. Así cuantos llegaban a su presencia, excepto visires y príncipes de sangre, tenían que besarle la mano, como hacían con el monarca.

Y los cortesanos que requerían a todas luces ganar nuevos escaños en su favor, besaron sus pies y los de sus hijos, hasta los de aquellos que no habían salido aún de su cuna.

Los más poderosos señores deblaban los hinojos en su presencia. En una de sus campañas victoriosas, Almanzor llegó a los dominios de Aben - Jatab, tan generoso como rico.

En su palacio, oasis en el arenal de las luchas, vacó por tres días de la fatigosa jornada. Y el huésped, pródigo, lo homenajéo como a un rey. No sólo le regaló con ricos manjares y horas de solaz, donde al son de guzlas y salterios deslumbrantes bailarinas de cadera de sueño danzaron para el recreo de sus ojos recios, sino que sufragó los gastos de toda su comitiva y aun los del ejército. Los manjares le fueron adobados en vajillas de oro pero jamás se repitió en su mesa un manjar ni una vajilla; y para el baño, el agua refrescante y pura era perfumada con rosas.

Gustó el amor de doncellas que a él, antes que a nadie, revelaron el secreto de su faz donde Alah llovió célicos dones, y

le entregaron, con risas y gemidos, el vencido tesoro de su castidad.

Y cuando se marchaba oyó esta disculpa de su anfitrión:

— Perdona, gran señor, que no pudiera hacerte más amable tu estada en mi palacio.

Almanzor no se conmovió por esta zalema.

En la altura a la que ascendía se había henchido su alma con vientos de grandeza y se sentía guiado por un dios.

No se detendría en su ascensión aunque llegara tan alto que cayera abatido por el sol.

Podía dormir feliz. ¿Pero es que duermen felices aquéllos cuyos sueños estremecen al punto de derrivar murallas y aspillar castillos? Algo perturbaba el dormir de sus noches. Junto a él se movía un hombre nada peligroso, sin grandes poderes, pero de una cautivante personalidad: el general Chafar, príncipe de Zab. ¿Acaso no tenía cualidades para osar parearse con él?

Había que cortar el arbusto antes de que llegaba a ser árbol. Era su amigo; le había prestado servicios otrora. ¿Por qué temerle? Por su alcurnia, por sus actitudes principescas.

Almanzor debía medrar solo.

El crimen se planeó en un báquico festín dedicado a Chafer en calidad de amigo del anfitrión. Reinaba la alegría; la danza enervante tenía presos los ánimos.

Todos se embriagaban. Y sólo Almanzor, sereno, esperaba el resultado de su trama.

En el momento oportuno apareció el escanciador, con una copa plena de burbujeante licor:

— Dale esa copa —dijo Almanzor— a aquél a quien más quiere mi corazón.

El copero quedó perplejo. Miraba a los convidados con pálido azoro, hasta que como un retumbo se oyó la colérica voz de Almanzor:

— Perro, llévasela a Chafar.

El aludido avanzó lleno de alegría y de un solo sorbo apuró la embriagante libación. Se puso a bailar de seguida como un loco, dando volvaretas desenfrenadas hasta caer exhausto.

A la media noche regresaba con unos pocos pajes, indefenso y tambaleante, el infeliz Chafar.

En el paraje más oscuro fue sorprendido por un grupo de sicarios y asesinado allí mismo.

Almanzor, con falaz indignación, hizo buscar los asesinos que no aparecieron; en cambio, recibió secretamente la mano derecha y la cabeza de la víctima.

Otros, menos ilustres, cayeron igualmente. En cambio los humildes recibían hartos favores de su mano.

La estrella de Almanzor estaba en su cenit.

Eran días de gloria para la España musulmana. Nadie ignoraba que, aunque no de derecho, era de hecho el verdadero Califa.

Sus enemigos reconocían sus grandes dotes como político y militar.

Y va de campaña en campaña y de victoria en victoria, dilatando sus dominios, y elevando su nombre, cantado pregonero en maravillosas kasidas que para él componían los juglares del reino.

En esas guerras no le dominaba otra idea que la de llevar la España musulmana a los límites de cuando se inició la Reconquista.

En 981 tomó a Zamora, que parecía un bastión inexpugnable; en 984 destruyó el reino de León, poniendo en fuga a los cristianos; en 985 inició una campaña que nadie había osado emprender antes de él: atacar a Cataluña, a la sazón en poder de los franceses. En un primer empuje se apoderó de Barcelona y en el segundo de Pamplona; por último llevó sus armas victoriosas a la propia Santiago de Compostela, arruinando la ciudad, en 997, y asentando su planta profanadora ante la tumba del Apóstol.

Sin embargo, un temor supersticioso oprimió su corazón en el momento decisivo.

Almanzor llegaba victorioso ante el vetusto e imponente templo que guardaba los sagrados despojos.

Lanzó un juramento que rebotó pálido en las recias dovelas góticas y penetró, seguido de su Estado Mayor,

haciendo resonar con lúgubre temblor sus herrados pasos ante las bóvedas imponentes de la nave solitaria. Allá, frente al altar, la silueta de un monje veíase arrodillada. El caudillo moro, ensoberbecido y orgulloso, se detuvo frente al monje ahinojado y preguntó:

— ¿Qué hacéis?

El monje respondió con voz profunda:

— Haciendo mis oraciones.

— ¿A quién rezáis? —preguntó el caudillo ismaelita, resentido por la indiferencia del sacerdote.

Este se puso de pie, y como si quisiera proteger con su pequeño y frágil cuerpo la tumba del Apóstol, gritó:

— Vos sois un engendro del Demonio.

Almanzor llevóse la mano al alfanje, pero un temor súbito detuvo su ademán. Se volvió a los suyos y les dijo con un raro temblor en su voz:

— No lo molestéis.

Y abandonó el templo monumental sin profanar su santuario.

Sus huestes triunfadoras atravesaron el mar y conquistaron la Mauritania.

De cada jornada regresaba pertrechado de botines y con una copia de prisioneros, haciendo su regreso triunfal a Córdoba.

El pueblo se embanderaba de fiestas, la gente se entregaba a un vértigo clamoroso y victoreaba su nombre como el de un semidiós.

SE TAMBALEA SU PODER

Pero a la larga el pueblo se cansó de este prolongado poder mantenido entre infundios y falacias, crímenes y terrores.

Almanzor empezó a menospreciar los hombres. La sangre real no valía nada para él. Su linaje comenzaba con él.

Hixen I vivía idiotizado en su serrallo, bebiendo el rejalgar de un erotismo impuro, prácticamente ignorado.

Ya Córdoba no se estremecía de júbilo con el regreso victorioso de su gran general.

Había que hacer algo para recuperar un prestigio próximo a perderse.

El pueblo dejó de entusiasmarse con la guerra; —se dijo— pues que el atuendo bélico le es indiferente, reconquistémoslo por lo espiritual.

Un buen día anunció que haría una gran mezquita para contener las muchedumbres que se congregaban en la existente y donde apenas cabían los fieles.

Empezó por llamar a su presencia a los propietarios; gran honor que era su primer halago. Cuando los tenía frente a sí, les decía con voz firme, pero amable:

— Amigo, quiero construir una gran mezquita donde elevar nuestras preces a Alah, por las infinitas bondades que ha derramado sobre este pueblo. Pero debe ser una casa digna de su nombre y de la grandeza de Córdoba.

— Yo no quiero vender —insinuaba humildemente el propietario.

— Estás en tu derecho al no querer vender, —respondía suavemente Almanzor —uno se encariña con su casa y le duele desprenderse de ella. Pero como es para una obra tan noble, no tan sólo te compraré tu propiedad, sino que te indemnizaré generosamente. Mis arcas no se resentirán, porque el tesoro está pleno con los grandes botines que he ganado en mis campañas. ¡Di tu precio!

— No me atrevo, señor; te lo encontrarías exorbitante.

— No importa, para obra tan noble no debo escatimar nada.

— Pues bien, señor, la vendo en x...

El precio propuesto era el doble del valor real, y el propietario lo había dicho visiblemente temeroso de incurrir en la cólera del caudillo.

Esperaba ser fulminado por una tempestad, pero en lugar de ello llególe la voz serena de Almanzor.

— Vaya, creí que me ibas a pedir más por la molestia de perder tu propiedad, ¡gracias! Pero te daré el doble de lo que me has pedido.

Y el propietario salía con el valor de su inmueble cuadruplicado.

Así, con el mismo método, fue adquiriendo todas las propiedades ubicadas en el ámbito donde se elevaría su gran templo.

Pero no todo fue tan fácil. Una señora tenía en el mismo centro del solar adecuado, un bello jardín con una hermosa palma en el medio.

Poderoso señor —dijo cuando estuvo frente al gran caudillo árabe— no venderé mi propiedad a menos que me consigan otro jardín con una palma en el centro.

La empresa no fue fácil. Pero al fin se encontró y se pagó un alto precio para complacer a la caprichosa señora.

La gran mezquita fue otro triunfo de Almanzor.

Empero se tambaleaba su poder, después de veinte años de gobernar y cincuenta y siete guerras victoriosas. Estaba viejo sin perder su energía. En su fuero se sentía rey.

Renunció su cargo de Ministro en favor de su hijo de diez y ocho años de edad, y se hizo llamar Almanzor, a secas.

Eliminó de los documentos oficiales el sello del califa para poner el suyo propio, y tomó el título de Melic Carim (Noble Rey).

¿Qué pretendía este hombre? ¿Ser realmente rey?
¿Asesinaría al pusilánime Hixen para ceñirse la corona?

Había ya eliminado a todos los príncipes y manejaba a su voluntad al soberano.

¿Qué quería Almanzor?

La propia Sultana tembló. Vieja ya y apagada la ardentía sexual, su lecho estaba gélido del amor de aquel a quien ayudara a subir. Su corazón se había arrugado y en sus pliegues yacían cenizas de aquella extinguida pasión.

Había que hacer algo.

El Ejército era suyo; tenía todos los resortes del poder.

¿Vacilaría en hundir su faca asesina en el pecho del soberano?

La propia Aurora se estremecía.

Empezó por poner en sobreaviso a los hombres y mujeres del harem:

— ¡Cuidad; cuidad a vuestro califa! La traición lo acecha. ¡Quién sabe si ahora mismo el que concierta su muerte apresta su alevoso yatagán!

Todos se estremecieron ¡Matar al rey!

Pero, ¿quién? ¿Acaso no velaba Almanzor desde hacía veinte luengos años, por la seguridad del califato?

Hixen se acercó tembloroso a su madre:

— ¿Qué has dicho? ¿Quién puede desear mi muerte?

Aurora habló sin reticencia:

— Es necesario, hijo mío, que abandones tu retiro de sombras y salgas a la luz, como Califa que eres. Rompe el yugo a que te unces. ¡Eres rey! ¿Lo oyes? Por voluntad de Alah. Tu honor y tu sangre te reclaman y te gritan rebelarte contra la tiranía de ese monstruo que domina tu voluntad.

—Madre —clamó tembloroso el rey— ¿estás hablando de Almanzor?

— ¿Y quién es Almanzor? Un plebeyo que hemos subido a una cumbre de la cual nos será fácil hacerlo caer.

Y la soberana hizo el milagro.

Hixen, tímidamente primero, luego con furiosa energía, encaró al Ministro. Este trató de conjurar la tempestad alejando del serrallo a todas aquellas personas, pero nada pudo hacer contra la que era el alma de la sedición.

Al fin se hizo general el descontento. Vientos adversos soplaban para Almanzor. Se le criticaba, se le enrostraba el trato a que había sometido al califa...

Los rayos de la conspiración salían del propio harem y eran lanzados por las dos únicas personas con quien no se atrevía ahora: Hixem y Aurora.

Había un movimiento subversivo en Córdoba.

Y pasó más; en la Mauritania, el Virrey Ziri se levantó en franca rebelión al grito de:

— ¡Muera Almanzor!

La sultana madre, la antigua amante del tirano de Córdoba,

fue quien más atizó el fuego de la sedición a expensas de su peculio personal.

Almanzor no se amilanó.

— ¡Qué me importa que arda la Mauritania —le dijo a su hombre de confianza— mientras Córdoba me sea fiel!

—Es que en Córdoba soplan malos aires y se conspira— le contestó éste.

Almanzor arrugó el ceño y preparó el contraataque. Llamó a algunos de los suyos y ordenó que inmediatamente trasladara el tesoro a su palacio.

Los emisarios regresaron sin haber cumplido su cometido:

— ¿Qué sucede? — rugió el caudillo zapateando con cólera insana — ¿Han osado mis nombres no cumplir una orden mía?

— Señor —le respondieron— la propia Sultana custodia el tesoro.

— Por encima de ella debisteis traerlo.

— Si ejercemos violencia sobre las personas reales estamos perdidos en Córdoba también.

Almanzor meditó. Un rayo de idea lo iluminó. ¿Y por qué ejercer violencia?

Disfrazado de soldado, sigilosamente penetró en los jardines del palacio real, y entrando en la habitación de Hixen le aguardó un buen lapso.

Cuando Hixen se encontró a solas con Almanzor tembló como un azogado, perdió todos sus arrestos y soportó impávido la andanada de improperios que le lanzó su Visir.

— Yo no sirvo para gobernar —le confesó— me han metido en estas cosas sin yo quererlo. Sigue tú gobernando por mí.

Almanzor le tendió un pliego y le dijo imponente:

— Firma este documento dándome amplios poderes. Hazlo presto o nos perdemos todos.

Hixen, al otro día, firmó el documento en presencia de todos los nobles.

Después hubo un desfile real: Hixen desfiló al lomo de su caballo con el cetro en la mano y en alto el gorro real, por las calles de Córdoba. A su lado sonriente y triunfador, iba el

campeón de las lides guerreras, Almanzor... y toda la corte detrás.

Aurora estaba vencida y humillada, y fue a hundir en la religión sus perdidas esperanzas.

Para aplastar a todos sus enemigos, Almanzor emprendió la campaña de Santiago de Compostela, que fue la que más nombradía le ganó.

Era todavía el azote de los cristianos. Resonaba todavía en el oído del supersticioso héroe arábico la maldición de un monje que ante el sepulcro de Santiago lo proclamó un engendro del demonio, cuando contra él se coaligaron los reyes de León y Navarra con el Conde de Castilla y en Calatañazor le infligieron su primera derrota en el año 1002; fue una derrota garrafal.

Almanzor se retiró, sin ganas ya de seguir su campañas guerreras, con el objeto de gozar sus últimos años en Córdoba usufructuando sus poderes.

FINAL

En la cumbre de su gloria envejecía Almanzor. Quieta y calladamente se refugiaba en el Corán sumergiéndose con mágico deleite en las aguas de las suras.

Una grave dolencia le abatía. ¿Eran sus viejas heridas de Calatañazor que se reabrían y enconaban?

Los médicos no acertaban con su mal.

Rebelde y orgulloso hasta en sus momentos más críticos, echó de sí a sus médicos, en un gesto arisco y pugnaz, y rehusó toda pócima o bisma. Sufría horribles dolores apretando los dientes para no quejarse; y aun así se hacía conducir a su caballo, y marchaba delante en las campañas.

Cuando ya no pudo sostenerse a caballo, se hizo conducir en litera.

La podre consumía su cuerpo, pero la voz mantenía su tono imperativo y se hacía obedecer sin regateos.

— Tengo miles de hombres bajo mi mando —decía amargamente— pero ninguno es tan miserable como yo.

Estaba desconocido. Ya no pudo moverse más de su lecho.

— Conmigo desaparecerá el esplendor de Córdoba —decía—: no hay ninguno en el reino digno de sucederme.

Torturado por estos pensamientos, hizo venir a su hijo Abdalmelic:

— Hijo, —le dijo con rara energía— no esperes a que yo muera. Tienes que hacerte cargo inmediatamente del poder; refrena el crimen, sé piadoso e implacable al mismo tiempo. Te confío la grandeza del reino árabe andaluz. No puedes vacilar. Haz jefe de los ejércitos a tu hermano Abderramán.

El joven lloraba silenciosamente. El moribundo abrió los ojos e incendió la faz con la rojez de la cólera.

— ¡No llores como mujer! ¡Oh, Alah! ¿Y a quién confío mi obra? Vete, corre. Hazte cargo del poder sin miedo, sin llantos. Yo te lego mi herencia, la herencia de mi genio y de mi amor. Hazte digno de ella.

Entonces hizo entrar a los cortesanos, y les dijo suavemente:

— Adios ¡Bendito sea Alah!

Y suavemente murió. Era 10 de agosto de 1002.

Sobre su tumba los árabes pusieron el siguiente epitafio:

*No existe ya; pero quedó en el orbe
tanta memoria de sus altos hechos
que podrás, admirado, conocerle
cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fue que nunca en sucesión eterna
darán los siglos adalid segundo
que así venciendo en guerras, el imperio
del pueblo de Ismael acrezca y guarde.*

Un monje cristiano, en los anales de la crónica de Burgos, escribió: “Mortus est Almanzor et sepultus est in Inferno”. Esto es: “Murió Almanzor y fue sepultado en el Infierno”.

Como lo presintiera en su agonía, con su desaparición

comenzó a retremblar el edificio del Califato que se hundió definitivamente con Hixen III.

Todavía en nuestra época los bardos del Mogreb cantan las hazañas del gran héroe musulmán, Almanzor, el que fue más poderoso que los reyes.

(Del libro inédito: "Historias que parecen cuentos").